



La izquierda intelectual en la recuperación democrática en la Argentina: la experiencia del Club de Cultura Socialista y dos miradas críticas sobre historia y memoria.

Josefina Elizalde ©

joselizalde1[at]gmail.com

La reconfiguración del campo intelectual luego de la recuperación de la democracia en la Argentina posibilitó el reacomodamiento de la izquierda intelectual en el espacio público. Una de las manifestaciones de este cambio fue el surgimiento del Club de Cultura Socialista en julio de 1984 producto de la confluencia de los intelectuales que se agrupaban en torno a la revista *Punto de Vista*, surgida durante la dictadura, con los miembros del Grupo de Discusión Socialista y la revista *Controversia*, vueltos del exilio mexicano¹. El presente artículo intentará dar cuenta de los itinerarios previos de algunos de los intelectuales fundadores de esta institución para explicar las redes intelectuales que permitieron su formación; los objetivos principales del Club Socialista y su desarrollo hasta fines de los años ochenta y algunas reflexiones de dos de sus miembros, Beatriz Sarlo y Hugo Vezzetti, sobre los usos del pasado en la Argentina.

El Club Socialista reflejaba por un lado el clima propio de la transición democrática en la cultura por el cual muchos intelectuales buscaban colaborar con la democracia recién constituida, pero también la revisión de muchos de sus miembros de sus trayectorias pasadas. La mayoría de estos intelectuales provenían de los sectores universitarios que, en los tempranos años sesenta, se agruparon en lo que se conoce como la “nueva izquierda argentina”, conformada en torno a la figura del intelectual “comprometido”. Esta necesidad de compromiso de los intelectuales, los había volcado a una praxis revolucionaria que los alejaría de la actividad propiamente intelectual, llevando a una suerte de “antiintelectualismo” en el propio campo, y que los alejaría también de una valoración positiva sobre las instituciones liberales y la democracia². La violencia que se desató en la sociedad en los años setenta afectó fuertemente al campo intelectual. La dictadura que

¹ “Una distancia analítica respecto de los hechos. La dimensión autobiográfica casi ausente cede su lugar a la dimensión argumentativa: donde debía hablarse en primera persona, se habla en tercera.

² Sobre la “nueva izquierda y los cambios en el campo intelectual ver: Altamirano, Carlos (2001), “Estudio preliminar”, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino, T. VI; Gilman, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores; Sarlo, Beatriz (2001), “Estudio preliminar”, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino, T. VII; Sigal, Silvia (2002), *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno de Argentina Editores; Terán, Oscar (1993), *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

comenzó en marzo de 1976 además de tener un plan sistemático de terrorismo de Estado tenía también un plan en su política cultural, funcional a su estrategia de control y disciplinamiento de la sociedad argentina, y basado en la idea de que la guerrilla se establecía luego de años de infiltración en el ámbito de la educación y la cultura. Por esta razón, en el proyecto fundacional de la dictadura, la “guerra cultural” ocupaba un lugar central. Diversos organismos estaban encargados, tanto de prohibir la circulación o venta de las publicaciones, objetos impresos o espectáculos que violaran las normas establecidas por el gobierno, como de controlar el contenido de los mensajes en la radio y la televisión estatales, los libros de lectura escolares o las representaciones teatrales³ (Invernizzi y Gociol, 2002: 23). La derrota de los proyectos revolucionarios y la represión implementada por el gobierno militar llevó a una ruptura interna en el campo intelectual, marcado por intelectuales que tomaron el camino del exilio y por otros que se quedaron en el país en un lugar marginal. En este contexto, tanto los que se quedaron en la Argentina como los que se fueron al exilio comenzaron un proceso de revisión de sus certezas pasadas a través de lecturas de diversos autores que les permitieron una reorientación en sus creencias hacia una aceptación de la democracia como un sistema compatible con el socialismo. Los sectores de la izquierda que realizaron las revisiones más profundas se organizaron en torno a algunas revistas como es el caso de la revista *Punto de Vista* en la Argentina y la revista *Controversia* que produjo el Grupo de Discusión Socialista que se reunía en México.

El campo cultural en la dictadura, el caso de *Punto de Vista*.

La clausura del campo intelectual impuesta por la dictadura llevó a la recolocación de los intelectuales de izquierda en un espacio particularmente marcado por la represión. El mecanismo principal para lograr el control de la producción y la circulación de las ideas fue la censura que se desplegó tanto en el sistema educativo, como en el campo artístico y cultural y en los medios de comunicación masiva. A una larga lista de actores, cantantes, directores y escritores censurados se sumaba la autocensura provocada por el miedo. Uno de los campos más afectados por la censura fue el de la industria editorial, en el cual revistas como *Nuevos Aires*, *Los Libros* o *Crisis*, en las cuales participaban miembros de la izquierda revolucionaria, no pudieron continuar publicando luego del golpe, y empresas como Siglo XXI Argentina Editores o Ediciones de la Flor fueron severamente controladas (De Diego, 2010: 412). A pesar de ello, algunas editoriales lograron sobrevivir como por ejemplo el Centro Editor de América Latina que, gracias a su director Boris Spivacow, permaneció en un campo cultural diezmado defendiendo su lugar de editorial progresista y permitiendo escribir a los autores excluidos del circuito de la prensa y las revistas, pese a las amenazas y a los secuestros de textos.

En ese momento de desarticulación de la vida pública se constituyeron diversos tipos de “ghettos”, tanto grupos de estudio como seminarios, que permitieron a los intelectuales reflexionar sobre la situación al mismo tiempo que preservar la propia identidad. A partir de 1978, se produjo además “una verdadera floración de revistas de espíritu crítico, literarias en su mayoría” que constituyeron “uno de los pocos circuitos visibles de la disidencia intelectual contra el régimen militar” (Altamirano, 1986:2). El periodismo cultural y literario, se entroncaba aquí con una larga tradición de la cultura argentina de exponer sus núcleos de debate en revistas o suplementos literarios, que organizan el campo

3

en torno a “ideologías culturales y estéticas fuertemente excluyentes desde las cuales se definen posiciones, se entablan polémicas o se interviene en debates” (Patiño, 1997: 7). Pero esta tradición se desarrolló en un contexto político nuevo, con una cultura marcada por la “amenaza represiva y el terrorismo ideológico” en la que los intelectuales buscaron “escapar a los efectos paralizantes de lo que algunos han llamado la ‘cultura del miedo’, para articular expresiones de desacuerdo con el orden autoritario reinante” (Altamirano, 1986:2).

A pesar de esta situación, algunos proyectos pudieron no solamente desarrollarse, sino también llegar a ser muy exitosos en el tiempo, como fue el caso de la revista *Punto de Vista*, cuyo primer número apareció en marzo de 1978. La revista ha sido considerada una prolongación del proyecto final de *Los Libros*, revista bibliográfica fundada en 1969 por Héctor Schmucler y publicada por la editorial Galerna. *Los Libros* había intentado realizar una actualización de las líneas teóricas y críticas de la literatura y las ciencias sociales a través de una vanguardia cultural muy vinculada a la política, como Ricardo Piglia, Eliseo Verón, Tomás Eloy Martínez. La segunda etapa de *Los Libros* estuvo marcada por la presencia de Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia en su consejo editorial y, en este período, además de adoptar un formato más reducido, la revista se caracterizó por “una creciente politización de sus artículos –menos por número, más extensos y no necesariamente reseñas- en una línea de izquierda revolucionaria identificada con el maoísmo” (De Diego, 2010: 411). El último número de *Los Libros* se publicó en enero-febrero de 1976 meses antes del golpe militar.

La importancia de los grupos culturales en toda historia cultural ya ha sido señalada por Raymond Williams pero, el grupo cultural reunido en torno a *Punto de Vista* fue particularmente relevante si se tiene en cuenta la situación en la que se encontraba el campo cultural en la Argentina. Grupos culturales como éste, no solamente ocuparon los espacios institucionales que las políticas de la dictadura dejaron vacíos, sino que además “la pertenencia a grupos informales suplía la falta de mecanismos institucionales de legitimación aceptables dentro del campo cultural” (Plotkin, González Leandri, 2000:219). El grupo fundador de la revista estaba formado por Beatriz Sarlo⁴, Carlos Altamirano⁵, Ricardo Piglia, María Teresa Gramuglio y Hugo Vezzetti⁶. Sarlo, Altamirano y Gramuglio eran críticos literarios, Piglia era escritor además de crítico y Vezzetti era historiador y psicólogo, marcando una diferencia en un grupo en donde cuatro de sus cinco miembros

⁴ Beatriz Sarlo nació en Buenos Aires en 1942. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires y se acercó políticamente primero al peronismo y posteriormente al PCR de orientación maoísta hasta 1976. Fundó la revista *Punto de Vista* en 1978 de la que fue directora durante treinta años. Enseñó literatura argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue profesora invitada en universidades de Europa y Estados Unidos.

⁵ Carlos Altamirano nació en 1939. Estudió Letras en la Universidad del Litoral cuando se vinculó a la izquierda. Se afilió en 1961 a la juventud del Partido Comunista, militó en el Partido Comunista Revolucionario (PCR), de orientación maoísta desde 1967 hasta 1976. Fue fundador de la revista *Punto de Vista* durante la dictadura y publicó en colaboración con Beatriz Sarlo varias obras de historia cultural. Fue fundador del Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y autor de numerosas obras de historia intelectual.

⁶ Hugo Vezzetti nació en 1944. Es licenciado en Psicología por la Universidad del Salvador y fue miembro fundador de la revista *Punto de Vista*. Fue profesor de la UBA e interventor y Decano normalizador de la Facultad de Psicología de la UBA entre 1984 y 1986.

provenían del campo de las letras. Beatriz Sarlo definió a la revista como una “hija de la clandestinidad” ya que a fines de 1977 tanto ella como Altamirano y Piglia, vivían en una situación inestable, sin domicilio fijo y en situación de semi-clandestinidad. A mediados de 1977 se reunieron con la idea de reconstruir algunos vínculos entre intelectuales, y para ello convocaron a “algunos pocos conocidos a reuniones donde se discutirían cuestiones de historia literaria y cultural argentina” además de temas de marxismo, socialismo real y los errores de las tácticas revolucionarias, a las que llamaron “Salón literario”, y que se realizaban en las oficinas del Centro Editor de América Latina cedidas por Spivacow (Sarlo, 1999: 526). A fines de 1977 decidieron publicar una revista, el medio más viable en el nuevo contexto de la Argentina y, a su vez, el que mejor conocían por sus trayectorias anteriores, sabiendo que no podrían firmar sus artículos. Altamirano y Sarlo habían militado en el Partido Comunista Revolucionario (PCR) de orientación maoísta del que se separaron luego de que, en términos de Altamirano, “los delirios de su línea política superaron mi propia capacidad de delirio” y fueron los políticos de Vanguardia Comunista, otro grupo maoísta con los que Piglia conservaba vínculos, los que pondrían el dinero para los primeros números (Trímboli, 1998: 14). La revista que, “no era minoritaria, era invisible, y fue por eso que pudimos subsistir” (Sarlo, 2004:2), se publicaba en blanco y negro, con una circulación muy limitada y con cantidad importante de ilustraciones. Los autores firmaban con seudónimos y los primeros tiempos no fueron fáciles ya que no vendían más de cien ejemplares.

Punto de Vista buscó separarse tanto de la izquierda marxista como de la tradición peronista y populista conservando su identidad de revista de izquierda pero, a la vez, buscó instalarse en el campo intelectual no solamente como una revista literaria, sino como una “revista de cultura” que quería reivindicar un derecho “el de seguir pensando, a través del ejercicio de la opinión, el discurso y la crítica, que por esos años habían desaparecido prácticamente del espacio público” (N.E., *Punto de Vista*, 1987:3). La revista intentó, en los primeros años, romper la “barrera del silencio” de los medios de comunicación y las instituciones del campo intelectual introduciendo debates externos, lo que permitió la circulación de otros discursos tanto de crítica cultural o la teoría literaria como de reflexión sociológica y la historia cultural, que eran en sí mismos una opción intelectual refractaria a los discursos autoritarios políticos y culturales (Patiño, 1997: 10). Esto posibilitó a los autores además una intervención política de resistencia dentro de la esfera pública. La mayoría de los estudios sobre la revista la han mirado desde la perspectiva de la crítica literaria y, en este sentido, el proyecto crítico de los intelectuales de *Punto de Vista* tuvo dos características principales: por un lado, una reinención de la tradición intelectual y literaria y, por el otro, una modernización de la crítica. En el primer editorial que la revista publicó en julio de 1981 hicieron explícita la tradición en la que se inscribían que era una línea crítica de reflexión social, cultural y política que pasaba “por la generación del 37, por José Hernández, por Martínez Estrada, por FORJA, por el grupo Contorno. Descubrimos allí no una problemática identidad de contenidos, sino más bien una cualidad intelectual y moral” (N.E., *Punto de Vista*, 1981: 2). Fue a partir de la crítica literaria en los ensayos y las reseñas bibliográficas, que se planteaba “la resistencia y la denuncia de esas condiciones de producción, y se tendía a reconstruir el campo intelectual de izquierda” (Vulcano, 2000: 2). Esa tarea crítica de lectura y denuncia de la realidad a través del análisis literario requería de una teoría y para ello recurrieron a la sociología de la cultura y a la crítica cultural introduciendo en el ámbito argentino a autores como Pierre Bourdieu,

Raymond Williams y Richard Hoggart entre otros. La introducción de autores implicó una revisión crítica de los instrumentos teóricos que predominaron en el período anterior, en el que, al decir de Sarlo, se encontraban “atrapados en la conexión francesa”, fundamentalmente a la producción vinculada al estructuralismo, el psicoanálisis lacaniano y pos-estructuralismo. En este sentido, el quiebre de paradigma se manifiesta en la introducción de autores franceses distintos de los “intelectuales faro”, aunque ésta no pasó solamente por una operación de traducción o de la exposición de una teoría sobre su pensamiento sino más bien “como sustrato teórico en numerosos artículos sobre cultura y literatura” (Gramuglio, 1993:40). La introducción por parte de Sarlo y Altamirano de la obra de Pierre Bourdieu se puede ver desde 1980, cuando incorporaron el concepto de “campo intelectual” en su obra *Conceptos de sociología literaria* y es a partir de allí como varios conceptos del intelectual francés pasaron a formar parte del lenguaje crítico sin que fuese necesario mencionar el nombre del autor. María Teresa Gramuglio señala cómo

“finalmente, en 1983, esa ‘operación Bourdieu’ alcanzó un punto culminante con la aparición simultánea de *Campo de poder y campo intelectual* en la colección argentina de Folios dirigida por Altamirano, y en dos libros que ambos escribieron en común: *Ensayos argentinos: De Sarmiento a la vanguardia y Literatura/Sociedad*. En los *Ensayos* [...] las teorías de Bourdieu inspiraron el análisis de la constitución de un campo literario en la Argentina alrededor del Centenario” (Gramuglio, 1993: 40).

Punto de Vista publicó además un fragmento traducido de *La producción del valor* y si bien, como agrega Gramuglio, conceptos como los de campo intelectual y *habitus* eran también agudamente criticados por Sarlo y Altamirano, la publicación de los trabajos y las discusiones en grupos privados no solamente pusieron en circulación esos conceptos sino que “probaron los usos posibles en espacios culturales muy diferentes de aquellos en que se generó el modelo teórico”.

Sin embargo, lo que más han destacado los diversos estudios dedicados a la revista y su grupo intelectual es la notable difusión del “culturalismo inglés” que realizó principalmente a partir del pensamiento de uno de sus máximos exponentes: Raymond Williams. El culturalismo inglés fue recepcionado en un contexto de revisión tanto de las “propias posturas de izquierda así como una separación progresiva de una ortodoxia marxista dura y de un formalismo estructuralista [...] de revisión crítica del marxismo y de los regímenes del ‘socialismo real’” (Montaña, 2009: 4). La “operación Raymond Williams” y su retorno al sujeto, a la historia y a la experiencia comenzó con la temprana entrevista de Sarlo a Williams y Hoggart en 1979. A partir de allí el pensamiento del autor inglés se desplegó a lo largo de sus páginas. La importancia de Williams estuvo dada no solamente porque desde el ámbito literario permitió pensar la literatura como una práctica discursiva inserta en el marco más general de las prácticas significantes de la sociedad (Olmos, 2002: 5), sino especialmente porque la independencia que otorga a lo cultural respecto de lo social y lo político, posibilitaba responder a las cuestiones políticas “disponiendo de una preocupación particular respecto a las cuestiones culturales” y a la vez “abandonar un socialismo indefectiblemente dependiente del concepto de ‘revolución’ sin abandonar de todo el socialismo” (Dalmaroni, 1997:2). Estos “usos políticos” de Williams les permitirían a los autores de *Punto de Vista* hablar sobre las condiciones socioculturales del momento, mencionando de manera elíptica las críticas sobre la realidad. Estas “formas oblicuas a través de las cuales se procuraba expresar la disidencia” al mismo

tiempo que al introducir “nuevos discursos teóricos, literarios, históricos y sociológicos desde las páginas de la revista en un contexto altamente represivo, constituía en sí misma una clara intervención político-ideológica” (Montaña, 2009:8).

El Grupo de Discusión Socialista y la revista *Controversia*.

Hacia los años ochenta este grupo de intelectuales locales entró en contacto con algunos exiliados buscando alcanzar alguna forma de coordinación. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo viajaron a México en 1980 y se vincularon con el grupo que publicaba *Controversia* poniendo en funcionamiento varias de las redes constituidas tiempo atrás en espacios de socialización comunes. La revista *Controversia: para el análisis de la realidad argentina*⁷, comenzó a publicarse en México en 1979 producto de las discusiones internas del exilio entre los grupos de izquierda y los grupos peronistas. Varios de ellos en realidad se habían vinculado en una experiencia anterior, la revista *Pasado y Presente*⁸, proyecto que agrupó a José Aricó⁹, Oscar del Barco, Samuel Kieczkovsky y Héctor Schmucler en Córdoba y Juan Carlos Portantiero¹⁰ en Buenos Aires, éste último joven intelectual vinculado a Héctor Agosti, principal responsable de la renovación ideológica y cultural del Partido Comunista desde los años cincuenta. La revista que pretendía hacer conocer los debates que no tenían lugar en el interior del partido y criticaba su pensamiento dogmático fue condenada por la dirección del mismo, que terminó expulsando al grupo (Burgos, 2004: 77). Uno de los fundadores de *Pasado y Presente*, Héctor Schmucler, se instaló en Buenos Aires al regreso de un viaje de estudios en Francia en 1968 y, al año siguiente, fundó la revista *Los Libros, para una crítica política de la cultura* que ya mencionamos previamente. En su Consejo de Redacción estaban además de Schmucler, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia y en su

⁷ El director era Jorge Tula y en el Consejo de Redacción estaban José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Nicolás Casullo, Rubén Caletti, Oscar Terán, Sergio Bufano y Ricardo Nudelman.

⁸ La revista *Pasado y Presente* surgió en Córdoba en 1963 en el marco del Partido Comunista de Córdoba. Los miembros de la revista eran todos ellos claros exponentes de los sectores medios formados en la universidad reformada surgida en el posperonismo, en donde el desarrollo de las ciencias sociales ocupó un lugar central además de reflejar el surgimiento de jóvenes intelectuales que cuestionarían a las elites dirigentes del partido. Sobre *Pasado y Presente* ver Burgos (2005) y Petra (2010).

⁹ José María Aricó nació en 1931 en la provincia de Córdoba, en una familia de trabajadores de orígenes inmigratorios. Ingresó tempranamente en la política y se afilió al partido Comunista Argentino en 1947 en el que ocupó varios cargos en el área de cultura lo que le permitió entrar en contacto con Oscar del Barco y Héctor Schmucler. Sufrió la persecución durante el peronismo y estuvo en diversas oportunidades en la cárcel. En los años sesenta trabajó con el responsable cultural del partido, Héctor Agosti, en *Cuadernos de Cultura*, la publicación cultural del mismo. Fue fundador de la revista *Pasado y Presente*, uno de los más conspicuos representantes de la nueva izquierda argentina y animador de diversos proyectos culturales. Se exilió en México durante la dictadura.

¹⁰ Juan Carlos Portantiero nació en Buenos Aires en 1934. Estudió Sociología en la Universidad de Buenos Aires. En 1953 ingresó en la juventud comunista fue colaborador de Héctor Agosti en la Casa de la Cultura. Trabajó una intensa relación con Agosti y se convirtió en su discípulo. Agosti lo llevó a *Cuadernos de Cultura* en los años 59-60. Colaboró con el grupo cordobés en la revista *Pasado y Presente*. Fue expulsado del Partido Comunista. Se incorporó a la universidad como profesor y en 1971 produjo junto a Miguel Murmis un texto fundamental para la comprensión sobre los orígenes del peronismo. En 1974 fue expulsado de la universidad luego de una intervención y se incorporó a la sede argentina de FLACSO. Cuando se inauguró la sede mexicana se fue del país en 1976. Regresó en 1984 cuando se reincorporó a la universidad como profesor y fue decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA de 1990 a 1998. Falleció en el año 2007.

segunda etapa la dirigirían Altamirano y Sarlo dando cuenta de cómo se van tejiendo las redes que conformarán el campo cultural posterior.

Desde mediados de la década del setenta y, especialmente, luego del golpe de 1976, millares de argentinos tomaron el camino del exilio para escapar a la violencia política y la represión. Uno de los principales lugares hacia el que se dirigieron los exiliados desde 1974 fue México, en el que un exilio bastante calificado encontró diversos espacios laborales para insertarse. Los intelectuales, por su parte, se vieron beneficiados por “el acelerado crecimiento económico” que hizo posible “una expansión de instituciones educativas de nivel superior e incluso la fundación de nuevas universidades e institutos de investigación científica” (Yanquelevich, 2010: 36). Es así como los exilados argentinos se insertaron en distintas instituciones culturales como es el caso de José Aricó en Siglo XXI, Juan Carlos Portantiero en la Escuela Latinoamericana de Ciencias Sociales, Emilo de Ipola en la FLACSO, Liliana de Riz, Oscar Terán y Oscar del Barco en la UNAM y la UAP. En el marco del Comité Argentino de Solidaridad surgió un grupo de reflexión que se conoció como Grupo de Discusión Socialista o Mesa Socialista en 1980¹¹, varios de cuyos miembros fueron responsables de la publicación de la revista *Controversia* que publicó trece números entre octubre de 1979 y agosto de 1981. La revista trabajó diferentes ejes temáticos como fueron por un lado, la derrota de los movimientos populares; la crítica de la experiencia guerrillera, enmarcada en una fuerte autocrítica, y la discusión sobre el problema de la construcción de la democracia, instalando un tema que no había sido central en el período anterior. La recuperación de la idea de democracia implicaba la necesidad de reconocer un orden institucional sin abandonar el proyecto transformador propio del socialismo aunque el problema estaba dado por cómo pensar esa articulación entre “democracia formal” y “democracia sustantiva” (Reano, 2010:46). Estas reflexiones incluyeron el análisis de la crisis del marxismo, o las discusiones de la socialdemocracia europea y el comunismo italiano. Emilio de Ipola¹², que llegó a México en 1978 luego de haber estado preso durante veinte meses, señala que fue allí “donde empezaron a aparecer los temas que luego se discutirían en la época del alfonsinismo” (Trímboli, 2004: 153). En el abandono de las posiciones revolucionarias y la recuperación del concepto de democracias fue central la obra de Antonio Gramsci, autor que ya acompañaba a muchos de los autores de la revista desde los tiempos de *Pasado y Presente*, ya que el autor italiano posibilitó la revalorización de la política frente a la determinación de lo económico, pero también el reconocimiento del carácter plural de las luchas políticas, lo cual implicaba desplazar del lugar central a la clase obrera para dar lugar a diferentes actores sociales y políticos no tan fáciles de agrupar dentro de la categoría de alianzas o lucha de clases.

¹¹ Participaron entre otros: José Aricó, Sergio Bufano, María Candelari, Horacio Crespo, Emilio de Ipola, Néstor García Canclini, Ricardo Nudelman, Nora Rosenfeld, Osvaldo Pedroso, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán y Jorge Tula.

¹² Emilio de Ipola nació en 1939 y estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires. Allí comenzó su militancia dentro del movimiento estudiantil y se vinculó con la Juventud Comunista. En 1964 fue becado a Francia donde asistió a cursos con Barthes y Althusser. En 1967 se trasladó a Canadá y fue docente en la Universidad de Montreal hasta que fue invitado por la sede de Santiago de Chile de FLACSO a incorporarse como profesor en 1971. Luego del golpe de 1973 regresó a la Argentina y fue docente de FLACSO entre 1974 y 1976. En abril de 1976 fue detenido por el Ejército y pasó veinte meses en prisión. Luego de ser liberado se exilió en México durante 6 años en donde fue incorporado a la sede mexicana de FLACSO. Retornó a la Argentina en 1984 y se incorporó a la Universidad de Buenos Aires como profesor.

Fue con este grupo y con estas discusiones con los que entraron en contacto Sarlo y Altamirano. Como explicó el mismo Altamirano:

“¿Por qué entré en contacto con este grupo y no con otros? Por varias razones, pero, fundamentalmente, por dos que me parecen importantes: la primera tenía que ver con el hecho bien práctico de que yo conocía a varios de los que sacaban esa revista y, por lo tanto, la relación era más fácil. Y, en segundo lugar, por un motivo fundamental: ése era un círculo que tenía expectativas respecto de lo que estábamos haciendo los que seguíamos viviendo en la Argentina” (Trímboli, 2004:16).

Luego de un segundo viaje en 1981, sellaron un acuerdo para publicar en *Punto de Vista* reseñas o información sobre lo que estaban haciendo en México. Ello permitió el ingreso de obras como *Imperialismo y Nación* de Oscar Terán, entre otras obras que no circulaban en Argentina. Esta situación se vio interrumpida por la guerra de Malvinas que además de servir como espacio de articulación entre los que se oponían a la guerra en Argentina, dato no menor teniendo en cuenta la “extrema fragmentación e incomunicación de esos años”, precipitó la caída de la dictadura y el comienzo de la transición, que no presentó un pacto como otras transiciones de ese mismo período, debido al deterioro del prestigio de la cúpula gobernante. La apertura democrática produjo cambios importantes en las relaciones entre cultura y política, el resurgimiento de la política y un nuevo posicionamiento de los intelectuales en el campo. A partir de 1983 comenzaron a regresar del exilio los intelectuales, entre ellos los que se habían nucleado en México en torno a la revista *Controversia* y al Grupo de Discusión Socialista. Las redes generadas durante el exilio permitieron confluencias entre este grupo y los miembros de *Punto de Vista*, como se puede apreciar en el hecho de que dos intelectuales como Juan Carlos Portantiero y José Aricó pasasen a ser miembros del Consejo de Redacción de *Punto de Vista*. La revista, que sufrió un proceso importante de renovación durante la democracia, dio lugar en sus páginas a distintos debates en torno a la organización de un nuevo orden democrático y su relación con el socialismo que estuvieron a cargo de Portantiero, Emilio De Ipola y José Nun, este último regresado del exilio en Canadá.

La formación del Club de Cultura Socialista.

Las elecciones de octubre de 1983 llevaron al poder a Raúl Alfonsín que asumió en diciembre de ese mismo año. La llegada de la democracia posibilitó una reconfiguración del campo intelectual en donde las relaciones entre los intelectuales y la política serían puestas en discusión y en donde la cuestión democrática se colocó en el centro de los debates tanto académicos como políticos. Durante la “primavera” alfonsinista intelectuales y artistas fueron los protagonistas de una puesta al día del debate intelectual y llevaron adelante “acaloradas polémicas sobre una serie de tópicos [...]: recuperación/transición democrática, reconstrucción de la cultura, reconstrucción del campo intelectual y literario” además de la polémica entre “los que se fueron vs. los que se quedaron” (De Diego, 2007: 50-53) Hay que agregar que la reconstitución del campo que comenzó con la transición democrática implicó también la reinscripción de los intelectuales en la universidad como docentes o investigadores, tanto para los provenientes del exilio como para los nunca se habían incorporado por cuestiones políticas, y en diferentes tipos de producción intelectual que van desde las revistas hasta la producción académica. Esto se desarrollaba en un

contexto mundial de transformación del “intelectual en experto” por el cual la figura del técnico tendía a prevalecer por sobre la del intelectual.

En los años ochenta, este proceso colocó a los intelectuales ante la disyuntiva encontrar un equilibrio entre la vida académica y la vida pública; de quedar aislados en los centros de investigación que ahora proveían las universidades y que su discurso intelectual fuese sólo dirigido a los colegas, o de participar en el proceso de apertura política y democratización cultural desde un lugar más activo que posibilitaba la esfera pública que se abría con la transición. En un clima de revalorización republicana, surgieron nuevos espacios de debate en los cuales el tema de la democracia se instalaba en el centro al tiempo que los partidos políticos se renovaban. La discusión sobre la democracia dominaría el campo cultural hasta fines de la década que finalizó con la llegada del peronismo al poder, que inauguró a su vez, otras discusiones. Fue en este marco en que surgió el Club de Cultura Socialista, nacido públicamente en julio de 1984 luego de la convergencia del grupo proveniente del exilio mexicano y el grupo de *Punto de Vista*. El principal promotor del proyecto era nuevamente José Aricó, y en la Declaración de principios se ponía el acento en el rol central de la democracia política y sus instituciones propias, dejando al socialismo en un lugar secundario, y priorizando la formación de consensos luego del retorno del Estado de Derecho (Club de Cultura Socialista, 1984:1). El Club Socialista se organizó como un “club” en un intento de no confundirse con una institución académica o un partido político y se definía como un centro de análisis y discusión de los problemas políticos, sociales y culturales de la sociedad argentina. En una entrevista posterior Portantiero relataba cómo le había hecho la propuesta a Aricó de incluir

“dos palabras: una *club* y otra *cultura*, para que quede claro que de lo que se trata es de un lugar donde debatir ideas con el objetivo de traer acá, junto con la gente de *Punto de Vista*, todos los debates que estábamos dando en México, que se estaban dando en el mundo y que acá nunca llegaron” (Mocca, 2012: 99).

El Club estableció desde sus comienzos que funcionaría como una institución civil y pública que aspiraba a la renovación “atrayendo el esfuerzo de todos aquellos que se interroguen críticamente sobre el significado actual del socialismo como identidad ideológica, cultural y política.” Las ideas de transformación social o de cambio histórico prevalecían sobre la idea de revolución, presente en sus análisis de otros períodos, que ahora era asociada a la idea de violencia o guerra. Los nuevos posicionamientos eran claros: un fuerte apoyo a la democracia política, el rechazo de la violencia y de la reducción “de los temas de la política a los temas de la guerra”, la voluntad de propiciar el debate pluralista en torno a los temas de la democracia y la transformación social y el rechazo de todo principio de ortodoxia.

En los dos primeros años el Club Socialista funcionó como un espacio de discusión entre intelectuales de izquierda, con un fuerte espíritu crítico más allá de las relaciones de amistad que vinculaban a muchos de sus miembros y por lo que convertía también en un espacio de socialización. Las principales actividades eran reuniones semanales de sus miembros los días viernes en torno a conferencias, debates y mesas redondas organizadas por los socios en las sedes que tuvo a lo largo de su más de veinte años de existencia. Los propios socios eran los que financiaban el proyecto y, el hecho de no recibir subvenciones

extranjeras o financiamiento estatal o de un partido político, constituyó un elemento central para su independencia política y partidaria.

Los emprendimientos culturales del grupo no se agotarían en el Club sino que editarían también la revista *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista* cuyo primer número apareció en agosto de 1986. La dirección de la revista estaba a cargo de José Aricó y lo acompañaban Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula pero los nombres de la Redacción daban cuenta una vez más de la consolidación del grupo en donde se repetían los nombres de la experiencia mexicana y los del grupo de *Punto de Vista*¹³. En un intento de definición de su lugar en la política argentina, agregaban que: “no somos alfonsinistas, ni radicales, ni socialdemócratas. Somos simplemente socialistas que tenemos una convicción compartida” uniendo el ideal socialista al ideal democrático, una de las ideas rectoras del grupo. A pesar de las declaraciones, la agenda de la nueva publicación coincidía en varios puntos con la que pretendía instalar el presidente radical Alfonsín, a pesar de que los temas propios de intelectuales de una izquierda renovada también estaban presentes, dando cuenta de los caminos recorridos por algunos miembros de la izquierda intelectual. En este sentido, la revista reflejaba una revisión crítica de la tradición marxista realizada por autores como Aricó y Portantiero que los había acercado a perspectivas neo-institucionales y a abordar el tema del pacto para reformar el Estado y ampliar la participación ciudadana. La idea de pacto se desplegaba en los escritos de Portantiero en los años ochenta en textos como “Crisis social y pacto democrático” (1984); en *Ensayos sobre la transición democrática argentina* (1985) junto a José Nun; en *La producción de un orden* (1988) y en numerosos artículos de la época. Como afirma Pablo Ponza la preocupación central de los textos era mostrar cómo la democracia como ordenador político era “capaz de establecer las reglas del juego sobre las cuales definir las prioridades de la transición en lo social y lo económico” (Ponza, 2012: 7).

Las discusiones internas del Club giraron en torno a la articulación entre la democracia y el socialismo, al rol que debían cumplir los intelectuales en esa democracia renovada pero también en torno a la posibilidad de colaborar con distintos partidos políticos ya sea el radicalismo en el poder o con los partidos de izquierda del período. Estas se manifestaron en los acalorados debates que se realizaban en la sede del Club o en la producción individual de sus miembros. En un primer momento, cuando el Club surgió en 1984 los intelectuales socialistas acompañaron la ola democratizadora del gobierno y la frontera ética establecida en el tema de las violaciones a los derechos humanos. Por cierto, los vínculos de algunos miembros del Club Socialista con la experiencia alfonsinista revelan algo de la estrategia de intervención pública de este grupo de intelectuales, tal como lo demuestra la formación del “Grupo Esmeralda” a fines de 1984. En este colaboraron activamente dos miembros importantes Club, Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero. Este grupo se reunía periódicamente con el presidente Alfonsín para discutir sobre cuestiones teóricas y problemas de coyuntura y fue el responsable de la elaboración de varios de los discursos del presidente radical entre ellos del discurso de Parque Norte, en donde las ideas de democracia participativa, la ética de la solidaridad y la modernización

¹³ La Redacción estaba compuesta por Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucía, Héctor Leis y Osvaldo Pedroso y el Consejo Editorial por Carlos Altamirano, Emilio de Ipola, Rafael Filipelli, Julio Godio, Oscar González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samailovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

eran los ejes rectores y en donde la idea de pacto democrático elaborada por Portantiero y De Ipola se encontraba nuevamente presente (Elizalde, 2009).

Un segundo momento, estuvo marcado por la desilusión de varios de los intelectuales con el gobierno. Luego de la creación de la CONADEP, la elaboración del *Nunca Más*¹⁴, una suerte de memoria oficial del horror, y el Juicio a las Juntas Militares¹⁵, todo el arco progresista había apoyado el gobierno de Alfonsín. Tres años más tarde, frente a las presiones de los militares el presidente optó por impulsar las leyes de Punto Final en 1986 y Obediencia Debida en 1987, enviadas al Congreso producto de un viraje en la política sobre los derechos humanos. Estas medidas, que fueron vistas por gran parte de la sociedad como un retroceso frente a presiones de los militares que habían realizado tres alzamientos, liberaban de responsabilidades y dejaban impunes a varios militares y demostraban la debilidad del presidente. Esta crisis provocada por las leyes llevó a la ruptura del consenso inicial del Club Socialista, de forma tal que uno de los grupos fundadores del Club y varios intelectuales a nivel individual se retiraron de la institución modificando la posición de la misma con respecto al gobierno alfonsinista y limitando su perfil crítico. En el número 11 de *La Ciudad Futura* los miembros de *Punto de Vista* ya no estaban presentes en el Comité Editorial de la revista dando cuenta de la separación del grupo crítico. El primero en retirarse del Club fue José Nun pero detrás de él lo hicieron Altamirano, Sarlo y Vezzetti del grupo de *Punto de Vista*. De ahí en adelante la línea más cercana al alfonsinismo liderada por De Ipola y Portantiero fue la que primó. La crisis política y económica y el final abrupto del presidente Alfonsín llevaron a que el Club entrara en un proceso de declinación. A esto se sumó otro duro golpe que fue la muerte de José Aricó en 1991, que en poco tiempo demostró ser difícil de sustituir, a pesar de que el Club continuó funcionando hasta el año 2008. De ahí en más los derroteros personales se separaron y con el cambio de época las reflexiones se alejaron de las que habían primado en los años ochenta.

Historia y memoria en democracia: dos visiones sobre los usos del pasado.

El nuevo ciclo abierto en la Argentina en 1983 produjo, además del ingreso de los intelectuales a la esfera pública, una recuperación de la memoria pública construida desde el comienzo de la democracia. En este momento la memoria ocupó un lugar central tal como se manifestó en la serie de testimonios y manifestaciones públicas de denuncia de los crímenes de la dictadura recopilados en el informe del *Nunca más* y en los testimonios utilizados como pruebas en el Juicio a las ex-Juntas Militares. En el marco del resurgimiento de la sociedad civil la recuperación de la memoria se articulaba con las demandas de justicia y a la implantación del imperio de la ley, marcando la apertura de un ciclo nuevo cargado de expectativas e ilusiones. Cuando, frente a las presiones militares, el presidente Alfonsín envió al Congreso las leyes de Obediencia Debida y Punto Final y, posteriormente, cuando llegó al poder el presidente peronista Carlos Menem que promovió

¹⁴ A comienzos del gobierno del presidente Alfonsín se creó la Comisión Nacional sobre la desaparición de personas (CONADEP) con la misión de investigar el caso de los desaparecidos. Estaba conformada por prestigiosos nombres del mundo de la cultura y el periodismo y presidida por el escritor Ernesto Sábato que en septiembre de 1984 entregó el informe al presidente. Se publicó con el nombre de *Nunca más*.

¹⁵ El Juicio a las ex Juntas militares fue aquél por el cual fueron condenadas las cúpulas militares y se realizó entre abril y diciembre de 1985.

los indultos a los condenados en el Juicio a las Juntas, la cuestión de la memoria se vio debilitada junto con las expectativas puestas en los logros de la democracia. Pero desde mediados de la década del noventa, junto con el prestigio creciente de organismos defensores de los derechos humanos como el de Abuelas de Plaza de Mayo que comenzaron a recuperar sus nietos, el tema de la memoria se instaló nuevamente en la esfera pública tal como se manifestó en una nueva literatura de biografías y testimonios de militantes. Estas obras, a diferencia del primer momento de la recuperación democrática en donde la mirada estaba puesta en las víctimas y en los crímenes producto de la masacre, se centraban en la recuperación ideológica poniendo el foco en la militancia de las víctimas. Esto implicaba también una recuperación moral de las víctimas y que en muchos casos revelaba una visión idealizada del tema sin voluntad de crítica sobre las prácticas políticas e ideológicas de la militancia armada.

Es a partir de estas producciones que algunos intelectuales han reflexionado sobre el tema de los usos del pasado en la Argentina o “las formas de incorporar escenas del pasado en las acciones y proyectos del presente”. Nos centraremos en dos autores miembros del grupo de *Punto de Vista* y del Club de Cultura Socialista que presentan una mirada crítica sobre el uso del pasado sobre todo cuando se utiliza para dirimir planteos vinculados a los conflictos presentes. El primero de ellos es Hugo Vezzetti que reflexionó ampliamente sobre el tema en dos obras *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2003) y *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (2009). En el caso de Vezzetti sus reflexiones sobre la memoria y la historia están cruzadas por sus miradas sobre la política manifestadas en los proyectos culturales en los que intervino marcados por la reivindicación de la democracia y el rechazo de la violencia. En *Pasado y Presente*, una obra cuyos primeros capítulos fueron publicados en *Punto de Vista*, el argumento principal del autor se construye a partir de la idea de que desde el Juicio a las Juntas se produjo la formación de un nuevo régimen de memoria pública que pone en el centro de la escena, no ya los héroes de períodos anteriores, sino las víctimas inocentes de los crímenes del terrorismo de Estado. Para Vezzetti el Juicio a las Juntas representa la marca de un cambio histórico y el símbolo mayor de la nueva etapa en donde los militares debían someterse a la ley. Este es el derrocamiento simbólico de la última dictadura. El nuevo período estuvo marcado por el hito que significó el *Nunca más*, un libro que vendió miles de ejemplares, que operó no solamente como polo de referencia para otras operaciones de la memoria sino que “se implantó como una revelación y un relato y un acto original que afirmaba la autoridad civil” (Vezzetti, 2003: 112). Ese informe constituía un corpus de prueba para la justicia y esa relación con la ley “proporciona a las narraciones de la memoria testimonial un anclaje que de alguna forma producía una transformación propiamente rectificatoria en el régimen de la memoria” (p.113). Y si en las producciones del saber sobre el pasado hay distintos registros, lo destacable en el caso argentino es que la formación renovada de la memoria no ha podido separarse de lo que el *Nunca más* produjo como intervención institucional y pública. No prevaleció aquí ni la memoria política ni la memoria ideológica. El informe implicaba además un compromiso moral hacia el futuro con un compromiso con la democracia y la denuncia de la violencia política. Es en este período, señala Vezzetti, cuando se construyeron una serie de representaciones sobre el pasado de las cuales una de las más significativas es la de una sociedad que se colocaba también como víctima inocente y proyectaba el mal sobre los responsables criminales, tal como se plasmó en la teoría de los “dos demonios” que era ya de por sí un ajuste en la recuperación del pasado.

La mirada de Vezzetti se detiene en estas representaciones y prácticas culturales, en los relatos y las construcciones simbólicas, para analizar por un lado el horror del terrorismo de Estado y por el otro el nuevo ciclo surgido con la democracia. Pero el libro también presenta una mirada crítica sobre algunas de las obras testimoniales producidas en la última década que son analizadas en el último capítulo. La crítica está puesta sobre todo en la memoria testimonial, que el autor señala como una construcción selectiva, ya sea porque los testimonios tienden a “insertarse en relatos contruidos y fijados” o porque en esa formación “las representaciones del pasado quedan necesariamente estilizadas y simplificadas”. Por otra parte, en el terreno de la dimensión pública de la memoria se llama a no repetir el pasado al mismo tiempo que se lo hace comparable a acontecimientos del presente. Es entonces como

“ese espacio de la memoria social es un campo de luchas en el que actores reconocidos (o que pugnan por serlo) buscan producir e imponer ciertas visiones en una formación que incluye más ampliamente una representación del presente. No hace falta decir que en la Argentina, desde el comienzo, esa dimensión simbólica del conflicto por el pasado se ha constituido en un terreno fundamental de las luchas políticas” (Vezzetti, 2003: 193).

Es decir que en la lucha política entra esa dimensión simbólica del conflicto por el pasado o como dice el autor “la memoria necesariamente se constituye en arena de una lucha en la que entran en conflicto narraciones que compiten por los sentidos del pasado, pero que siempre dicen mucho más sobre las posiciones y las apuestas del presente” (p. 193). Aquí analiza algunas de las obras que buscan intervenir de otro modo sobre el pasado con “evocaciones autocomplacientes y exculpatorias” o con relatos identificados con las víctimas. El problema de estos testimonios, con una mirada autojustificatoria o que mitifican los hechos, es que impiden la discusión en torno a las certezas pasadas. Un ejemplo de esto puede ser el film *Cazadores de utopías* de David Blaustein en donde en el discurso exculpatorio

“hay muy poco espacio para la interrogación o para algún descubrimiento más o menos sorpresivo que ponga en cuestión el previo sistema de creencias, o que haga posible la pregunta por la responsabilidad propia en el derrumbe moral y político que culminó en el terrorismo de Estado” (Vezzetti, 2003: 205).

En el caso de Beatriz Sarlo, las reflexiones sobre los usos del pasado se encuentran en su obra su obra *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión* (2005). La propia autora relata cómo está obra nació a treinta años del golpe militar y luego del cansancio de leer textos memorialísticos atravesados por la subjetividad que construían una versión romántica de la militancia y en donde el peso de las ideas quedaba oscurecido. A partir de estas reflexiones realiza un agudo análisis sobre el tema de la memoria en el campo intelectual contemporáneo al mismo tiempo que una crítica sobre la producción testimonial en la Argentina.

En un primer momento la autora se detiene sobre definiciones conceptuales en torno a la historia académica y las modalidades no académicas de elaboración histórica, aunque también explora sobre el desplazamiento hacia los márgenes y la recuperación de las fuentes orales en la historia. Esto coincide con el “giro subjetivo” en el ámbito cultural y la recuperación de los discursos sobre los derechos de la subjetividad durante las décadas del setenta y del ochenta. Y si la primera parte de la obra analiza el tema del testimonio, el

sujeto y la experiencia a partir de las narraciones de la memoria sobre los campos europeos y los testimonios del Holocausto, en un segundo momento pasa a la experiencia latinoamericana y específicamente al caso argentino. Sarlo realiza un análisis sobre la retórica testimonial haciendo hincapié en las “prerrogativas del testimonio” que al ser elaborado en un tono realista-romántico, desarrolla un tipo de discurso que se resiste a la discusión interpretativa. Aquí la autora describe no solamente los problemas que la primera persona plantea en la reconstrucción del pasado, sino también la “tendencia a colocar allí (en el pasado) las formas presentes de la subjetividad”. Ello envía a los usos del pasado en el presente ya que

“quienes recuerdan no están retirados de la lucha política contemporánea; por el contrario, tienen fuertes y legítimas razones para participar en ella y para invertir en el presente sus opiniones sobre lo sucedido hace no tanto tiempo. No es necesario recurrir a la idea de manipulación para afirmar que las memorias se colocan deliberadamente en el escenario de los conflictos actuales y pretenden jugar en él” (Sarlo, 2005: 83).

Otra de las críticas que la autora realiza a la mayoría de los testimonios que intentan reconstruir el período es la ausencia de las ideas cuando intentan narrar una época fuertemente ideológica para priorizar la historia personal. Esto se justificaría desde el punto de vista moral pero no ya cuando estas miradas se convierten en una interpretación de la historia y pretenden competir con ella.

La autora se detiene no solamente a mostrar las limitaciones de este tipo de relatos sino también a mostrar cómo es posible trabajar el tema de la experiencia de una manera diferente y para ello analiza dos textos: “La bamba” de Emilio de Ipola y *Poder y desaparición; los campos de concentración en Argentina* de Pilar Calveiro. Ambos autores, a pesar de haber sufrido la represión en carne propia, pueden construir la experiencia de la cárcel como objeto y servirse de la teoría para analizar la experiencia. Por otra parte, “el yo del testigo nunca aparece ni siquiera como lugar importante de enunciación” (p. 101) y al independizarse de la experiencia directa del que escribe el texto no se le exige al lector una “creencia basada en su propia historia”, un tipo de discurso que se resiste a la discusión interpretativa. Esto hace, según Sarlo, más fuerte la argumentación tal como lo demuestra el caso de Calveiro que habla como ciudadana, no como militante detenida y torturada y es precisamente esta renuncia a la autorreferencia la que permite a la autora construir

“una distancia analítica respecto de los hechos. La dimensión autobiográfica casi ausente cede su lugar a la dimensión argumentativa: donde debía hablarse en primera persona, se habla en tercera. El tiempo pasado no es el del testimonio y su dimensión autobiográfica, sino el del análisis de lo que otros narraron y la elaboración de clasificaciones y categorías (Sarlo, 2005: 120).

Los análisis de Vezzetti y Sarlo permiten reflexionar sobre el tema de la escritura de la memoria y marcar los límites de verdad del testimonio. Es cierto que las miradas críticas de estos autores no agotan las discusiones en torno a los usos del pasado reciente en la Argentina pero iluminan algunos aspectos de un debate que, a más de treinta años de recuperación de la democracia, no está cerrado.

Bibliografía.

Altamirano, Carlos (1986), “El intelectual en la represión y en la democracia”, *Punto de Vista*, N° 28, Buenos Aires.

Aricó, José (1987), - “Los gramscianos argentinos”, *Punto de Vista*, N°29, Buenos Aires.

- (1992) “La construcción de un intelectual”, *Punto de Vista*, n° 43, Buenos Aires.

- (2005), *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Burgos, Raúl (2004), *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno de Argentina Editores.

Dalmaroni, Miguel (1997), “La moda y ‘la trampa del sentido común’: Sobre la operación Raymond Williams en *Punto de Vista*”, en *Orbis Tertius*, 2, 13-20, en Memoria Académica. Disponible en

http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2689/pr.2689.pdf.

De Diego, José Luis (2007), “La transición democrática: intelectuales y escritores”, en Camou, Antonio, *La Argentina democrática: los años y los libros*, Buenos Aires: Prometeo.

-, (2010), “Los intelectuales y la izquierda en la Argentina (1955-1975), Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires: Katz.

Elizalde, Josefina (2009), “La participación política de los intelectuales durante la transición democrática: el Grupo Esmeralda y el presidente Alfonsín”, Buenos Aires, Temas de Historia Argentina y Americana, UCA.

Gramuglio, María Teresa (1993), “La summa de Bourdieu”, en *Punto de Vista*, n° 47, Buenos Aires.

Invernizzi, Hernán y Gociol, Judith (2002), *Un golpe a los libros: represión en la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba.

Lesgart, Cecilia (2003), *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Mocca, Edgardo, *Juan Carlos Portantiero, un itinerario político-intelectual*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Montaña, María Jimena (2009), “La recepción de Raymond Williams en la Revista Punto de Vista: un retorno al sujeto, la historia y la experiencia”, *Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, n°5.

Olmos, Ana Cecilia (2002), “Apropiaciones críticas: Williams y Hoggart en Punto de Vista” en Segundo Congreso Brasileiro de Hispanistas, San Pablo. www.proceedings.scielo.br.

Patiño, Roxana (1997), *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, en Cuadernos de Recienvenido/4. www.infoamerica.org.

Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo (2000), “El regreso a la democracia y la consolidación de las nuevas élites intelectuales. El caso de *Punto de Vista: Revista de Cultura*’. Buenos Aires (1978-1985), Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo (eds.), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid: CSIC.

Ponza, Pablo, “El *Club de Cultura Socialista* y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática”, en <http://nuevomundo.revues.org/65035>

Reano, Ariana (2010), “Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín, *Controversia*, *Unidos* y *La Ciudad Futura*”, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, IDES, UNGS.

Sarlo, Beatriz (1979), “Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad”, *Punto de Vista*: Buenos Aires.

-, (1999), “*Punto de Vista*: una revista en dictadura y en democracia”, Sosnowski, Saúl (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Buenos Aires: Alianza Editorial.

-, (2012), *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Trímboli, Javier (1998), *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires: Manantial.

Vezzetti, Hugo (2003), *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Vulcano, Leonardo Gustavo (2000), “Crítica, resistencia y memoria en *Punto de Vista. Revista de cultura*”, [En línea], *Orbis Tertius*, 4 (7). Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2838/pr.2838.pdf.

Yanquelevich, Pablo (2010), *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Fuentes

Revista *Punto de Vista*

Revista *Controversia: para el análisis de la realidad argentina*.

Revista *La Ciudad Futura*

Publié sur le site de l'Atelier international des usages publics du passé le 17 février 2014.